

al pié de los escollos y entre los oleajes de la tormenta sin que nadie, por el fragor y oscuridad de los torbellinos, ni en el cielo ni en la tierra, viera sus lágrimas ni oyera sus lamentos. Así juró, pertinaz en su doble imitacion de los caballeros y de los santos, no comer ni beber hasta encontrar la paz tan deseada de su alma. Y en este propósito guardó siete dias enteros tan completamente el ayuno, que no entró cosa alguna, ni vegetal ni animal, por su boca, tan desacostumbrada ya del alimento, que al concluirse aquel septenario, parecia como de piedra y todo su cuerpo como un frio y rígido cadáver. Hé aquí la reaccion. Para matar la libertad, comienza por el suicidio.

CAPITULO VI

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO

Ni el ayuno, ni la penitencia, ni la oracion, ni la eucaristía misma, sosegaban el ánimo desasosegado de Ignacio. Cuanto mas empeño ponía en combatir sus internos escrúpulos, mas estos le combatían; y despues de vencer su resistencia, le anonadaban á su furioso empuje. Iba el santo á los piés de su confesor, decia todos los secretos de su conciencia, y no alcanzaba, no, el deseado sosiego. A pesar de que la obediencia estaba entre las primeras virtudes de su moral y entre las primeras prácticas de sus ejercicios, no podia obedecer. Entonces comprendió que Satanás y Cristo se daban una batalla cruentísima en su espíritu como en el cielo y en la tierra, como en el Universo físico y en el Universo espiritual. Y comprendiendo esto, resolvió poner á servicio de Cristo y en contra de Satanás todos sus actos y todos sus pensamientos, con cuya resolucion halló la paz del alma, por tanto tiempo deseada y nunca, en su torva existencia, conseguida. Holgóse, pues, el buen penitente de haberse granjeado el galardón de la tranquilidad espiritual, y comenzó á meditar en los problemas metafísicos del Cristianismo.

Pensó primero en la Santísima Trinidad, á la cual instó con tanto empeño y rezó con tanto fervor, que logró la revelacion externa de sus internos misterios, apareciéndosele, segun el dicho de sus discípulos, como tres teclas distintas que producen un solo sonido. Arrodillado en la iglesia de los dominicos de Manresa, como un dia viera la hostia sublime alzarse con mas resplandores que nunca, llegó á comprender el dogma de la doble naturaleza de Cristo, divina y humana, en aquella especie de pan, donde se contenía la

esencia y la sustancia de Dios. Su doctrina se presentaba ya intuitiva é insintivamente como una doctrina opuesta de todo en todo á la luterana y protestante. Mientras esta se reducía por completo á la revelacion escrita y á las sacras escrituras, aquella lo libraba todo á estas revelaciones sobrenaturales y singulares traídas al bajo ánimo y al hondo pensamiento del hombre, por el ayuno, por la penitencia, por la oracion y por las obras. Mientras Lutero predicaba que fuera de lo escrito y revelado no habia salud para el humano linaje, Ignacio, en abierta contradiccion, y contradiccion radicalísima con él, sustentaba que si la escritura divina llegase á perderse, podria de nuevo reconstruirse por el llamamiento de estas penitencias y el galardón de estas revelaciones individuales. Y tocaba su confianza en los ejercicios piadosos á extremo tal, que salido un dia en requerimiento y busca de una iglesia fuera de Manresa, como á un tercio de legua, y yendo trasportado y embebido en el asunto de las cosas divinas, contempladas con los ojos del alma, como se asentara cabe la orilla del rio y se pusiera, llevado de su misticismo, á contemplar el fondo de las aguas, resplandecieron de tal suerte aquestas, que le granjearon hasta la vision de lo absoluto y de lo infinito en esencia. Desde aquel dia los arquetipos sobrenaturales y eternos en tal manera se le acercaban al contacto del pensamiento, que los veía y los tocaba, sin que pudiese darse cuenta ni de su materia ni de su forma, ni saber á ciencia cierta si pertenecian á la idealidad abstracta ó á la realidad completa. Y porfiaba en Dios y en su conciencia que habia visto delante de sí una hermosa y resplandeciente figura, la cual aparecíasele en forma de culebra, mirándole y siguiéndole con ojos tan profundos como abismos y tan luminosos como astros. De tal manera se absorbía en la contemplacion de todas estas cosas, que hallándose allá en Manresa poco antes de su segunda peregrinacion y ejerciendo con fervor las ocupaciones místicas, acontecióle un dia de sábado á la hora de completas, arrojarse en lo celeste y enajenarse de lo mortal hasta que, cerrados todos sus sentidos al mundo, se creyó por el mundo muerto ya: tan rígidos estaban sus miembros, tan fria y apergaminada su carne, tan seca su piel, tan apagados sus ojos, tan extinta su respiracion, tan suspensa y absorta su vida. Dieron parte los que allí estaban de cómo Ignacio habia muerto, y le asieron para enterrarle; y aun le enterraran en la misma iglesia, donde al

parecer habia fallecido, si, al tocarle y asirle, no sintieran los latidos de su corazon, aun palpitante. Y refieren que así estuvo una octava seguida sin alentar, sin moverse, como si el ayuno y la penitencia y la oracion le hubieran convertido en efigie de sí mismo, destinada al culto y á la oracion en los templos y en los altares católicos. Grande preparacion para los Ejercicios espirituales. Aquella muerte anticipada del cuerpo apercibía su pensamiento y ánimo á la total muerte del espíritu.

Este libro, los *Ejercicios*, escrito en el monasterio dominicano de Manresa, puede llamarse con razon el fundamento y base de toda la compañía. Pensado por un hombre sin erudicion y sin letras, ha salido, pues, del fondo de una conciencia primitiva y bien poco asombrada por el precedente de ningun otro ajeno trabajo. Toda la ciencia por Ignacio adquirida, reducíase á la lectura constante y asidua de los libros caballerescos en la mocedad y de los libros místicos en sus enfermedades. Allende tales obras, nada sabia sino escribir y leer mas ó menos correctamente. Un libro de cierto domínico manresano le dió pié para su libro, nada mas que pié y ocasion, pues la sustancia y la esencia, recogíolas Ignacio en las meditaciones de su propio pensamiento y en los desarrollos de su propia vida. Desde que llegara estropeado y herido á su casa de Azcoitia, donde pasó la gravísima enfermedad ya historizada, hasta que se disciplinó y maceró en la cueva de Montserrat, Ignacio habia pasado por tales crisis de su alma y por tales y tan varios estados de su cuerpo, que conocia por intuicion propia é instintiva las relaciones entre la materia y el espíritu, los influjos de las ideas sobre los nervios y de los nervios sobre las ideas, los métodos para producir todo género de íntimas é interiores exaltaciones, capaces de desligar por completo el alma del cuerpo, ó de dar á aquella la mística vision de ideales cielos en continuos deliquios. La moral de Ignacio se habia sobrepuesto á los dolores físicos, el corazon á los sentimientos de familia, el ánimo á las necesidades materiales; y en vigilia que parecia vencer el sueño y en ayuno que parecia vencer el hambre y en maceraciones que parecían sojuzgar los instintos y movimientos indeliberados del cuerpo, llegaban sus ojos de carne á un estado magnético y las facultades de su entendimiento á un estado místico, idóneos uno y otro para hacerle ver lo invisible, palpar lo impalpable, y extender los brazos hácia lo

infinito como si pudiera estrecharlo todo entero en su corazon y todo entero contenerlo en su pensamiento.

Nada tan significativo como el nombre que Ignacio pone al libro fundamental de la compañía. Ejercicio, quiere decir precisamente lo contrario de pensamiento abstracto y de idealidad vaga. Ejercicio quiere decir, accion continua y sistemática. No hay que confundir, pues, el misticismo paciente y pasivo de los extáticos inertes con el misticismo de accion y de actividad que caracteriza la obra y la doctrina de Ignacio, mas prácticas que teóricas. Para iniciarse con felicidad y acierto en los ejercicios, precisa desprenderse del mundo y elevar alma y cuerpo á un estado tan seguro de independencia, que ni al alma ningun pensamiento la distraiga, ni al cuerpo ningun dolor lo domine. Para ejercitarse como quiere San Ignacio precisa dar de mano á todas las ocupaciones mundanales. No ya el estudio, la lectura de cualquier libro que no tenga relacion estrecha con el militante ascetismo suyo, cae bajo la prohibicion mas rigurosa. Hay que desechar todo pensamiento y todo propósito ajenos al pensamiento y al propósito capital de sus meditadas prácticas. Ningun enemigo tan formidable de ellas como el mundo. Por consiguiente, precisa la soledad mas completa. Ninguna ocupacion tan opuesta como la multitud de objetos que asaltan con frecuencia el ánimo. Por consiguiente, hay que apelar al absoluto silencio. Los sentidos todos deben caer bajo el imperio de la voluntad interior y regirse por las leyes del espíritu. A todas estas obras debe preceder una confesion general; y durante su curso precisa en tanto modo cerrar los ojos á la luz externa que cumple buscar una indispensable oscuridad.

El ejercicio piadoso ha de comenzar por un estrecho exámen de conciencia iniciado en el retiro y apartamiento del mundo y de sus gentes. La atencion replegada sobre sí ha de registrar pensamientos, palabras y obras, viendo, si á la ley divina se han sometido frecuentemente, ó si de la ley divina se han separado frecuentemente tambien. La meditacion ha de seguir al exámen. Es meditacion, el ejercicio de las tres potencias del alma; y son potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad. La contemplacion viene despues de los exámenes de conciencia y de las reflexiones profundas. La contemplacion ve y escucha sin necesidad de aplicar los sentidos ni ejer-

cer el razonamiento, ve y escucha las cosas sobrenaturales y las voces sobrehumanas.

Para comprender el sentido de la meditacion jesuítica, no hay sino tomar un dogma, un pasaje, un período del Evangelio y fijar sobre él solo todas las facultades internas en la evidencia de apropiárselo hasta el punto de identificarlo con nuestra sustancia espiritual misma, no de otra suerte que, al fijarse nuestros ojos largo tiempo en el sol, y luego divertirse y separarse de tal fijacion, donde quiera que se conviertan, ven soles ó círculos semejantes al sol mismo, como si en su retina se hubieran llevado, arrancándolo al cielo, el grandioso luminar del dia.

En cuanto se ha llegado á la meditacion espiritual no hay para qué acordarse de los demás. El meditador debe por necesidad en sí propio recluirse y á sí propio solamente consagrarse. Ya en esta soledad singular verá los ojos de Jesus en él concentrados y fijos, los ojos de Jesus, á quien habrá de tomar, no solo como Maestro que le enseña la fe, sino como tipo y modelo que le enseña la vida. Y habrá de preguntarle por qué condiciones, y bajo qué pacto se ha hecho hombre para él solo, para un solo individuo, para una sola persona, encerrándose en las entrañas de María, y viviendo pobre y sufrido, y atribulado y enfermo y débil, hasta el extremo de llegar á la muerte dolorosa en el mas afrentoso patíbulo. A estas preguntas contestará bien pronto una voz sobrenatural, si median las necesarias prácticas y los necesarios ejercicios.

La soledad completa y el retiro absoluto deben durar cuarenta dias, como duró la penitencia de Cristo en el desierto. Estos cuarenta dias deben dividirse, á su vez, en cuatro semanas de á diez dias. La primera semana debe consagrarse toda, y enteramente, á purificar del pecado el alma pecadora, quien necesita de muchos esfuerzos, si no ha de rendirse á su naturaleza esencialmente pecaminosa. Comenzará esta semana con una meditacion sobre los destinos del hombre, y concluirá con una confesion general. La segunda semana debe consagrarse á confundir al pecador purificado con Cristo su modelo. A este fin debe comenzar con una meditacion sobre la vida de Jesus y debe terminar por una inscripcion en una ú otra de las dos milicias que combaten de antiguo sobre el mundo, en la milicia del bien ó en la milicia del